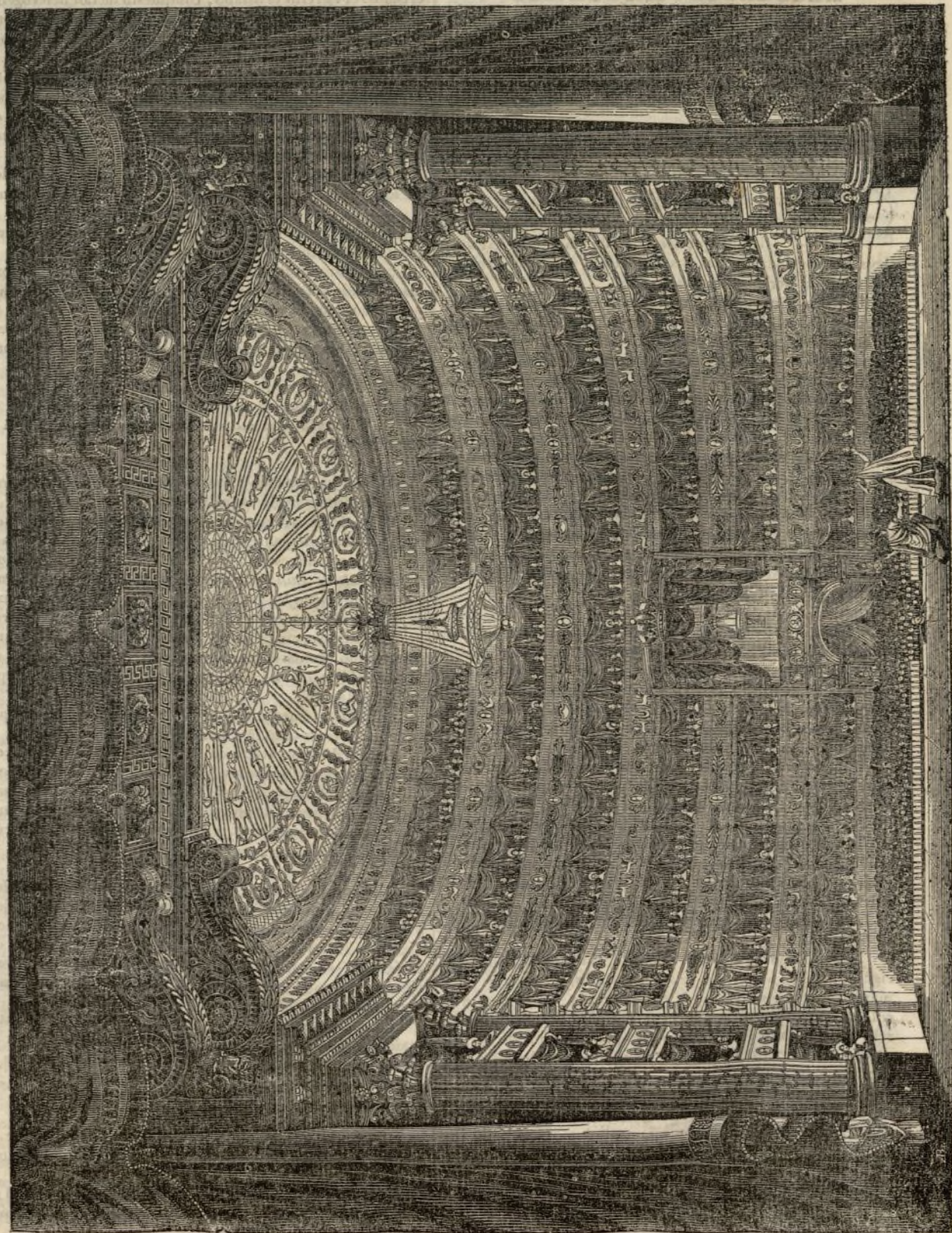


VIAJES. -- ITALIA.



INTERIOR DEL TEATRO DE LA ESCALA DE MILAN.

Segunda serie. — Tomo III.

28 de febrero de 1841.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

LA BATALLA DE LAS NAVAS (1).



A tregua entre los cristianos de España y el rey de Marruecos acababa de espirar, á tiempo que los reyes de Castilla y Aragón llevaban por todas partes sus victoriosos pendones, reconquistando la herencia de sus padres.

Irritado el miramamolín *Mahomad Enacer* (2) por las pérdidas que el islamismo sufría diariamente en España, determina vengar á todo trance las injurias de su secta y los insultos hechos al Corán, y reuniendo un ejército poderoso de africanos desembarca en las playas de Andalucía: los régulos de España vienen á juntar sus huestes con las tropas extranjeras, y Mahomad se pone al frente de un ejército de mas de medio millon de combatientes.

Agoviada la Iberia con su peso lanzó en torno de sí una mirada dolorosa, y temió ver renovados los infaustos días de *Guadalete* y *Alarcos*, y gimió por la libertad de sus hijos, amenazados de horrenda esclavitud. Entonces lanzó un grito guerrero que resonó en las montañas de *Oca* y en las hondas cavernas del *Pirene*; y á su voz sus hijos se presentaron armados, y depusieron ante ella las mútuas rencillas que los traían discordes.

Valientes Almohades, hijos del profeta, id á retar á todos los príncipes cristianos con carteles y pregones, y decidles que Mahomad los espera en España: decid tambien al mustí de Roma, que Mahomad ha jurado colocar su enseña sobre la cúpula de S. Pedro, y que el pórtico servirá de establo á sus caballos. Dice, y parten sus emisarios hácia todos los ángulos de Europa.

Roma aterrada responde con un grito de horror. Débil eual la viuda cuyos hijos han bajado á la region de las sombras, no puede oponer resistencia á la fuerza, y en su dolor levanta sus manos al cielo, de donde espera su socorro.

El Santo Padre sale descalzo por las calles de la ciudad santa; todo el pueblo se precipita tras él en fervorosa rogativa, y hasta las vírgenes del Señor abandonando sus silenciosos retiros, siguen destocadas y llorosas al pastor de la grey de Cristo, que camina silencioso hácia la Basílica de Letran.

El arzobispo de Toledo, Rodrigo Jimenez de Rada, dirige la palabra al pueblo cristiano: Italia, Francia y Alemania escuchan su voz, y le entregan sus hijos para que coloque sobre sus pechos la cruz bermeja. Semillante en el zelo al ermitaño Pedro, pero mas prudente que él, se pone al frente de 40,000 infantes con 12,000 caballos y los conduce á la vega de Toledo.

El ejército cristiano avanza, Mahomad desde lo alto de Sierra Morena vé caer en manos de los extranjeros sus

castillos de Malagon y Calatrava, y espera impasible que el tiempo y el clima obren sus efectos. Sus cálculos no salen errados: el ejército cristiano, compuesto de tan heterogéneos elementos se disuelve por sí mismo; á la manera que se desploma un pesado murallón que la mano del artifice inesperto elevó sobre un débil cimiento.

¡Cuán bien pudiéramos aplicar á nuestra triste patria lo que decia el profeta de Israel cuando reprobaba su alianza con los Egipcios! *¡Ay de tí España, que fias en el extranjero! te apoyas sobre una caña cascada que se romperá, y sus pedazos lastimarán tu mano.*

¿Dónde están los extranjeros de la cruz bermeja? ¿dónde los que poco antes desafiaban todo el imperio musulmán?

¿Se han marchado por falta de viveres?

No: el rey de Castilla tenia preparados 60,000 carros para la conduccion de vituallas.

¿Se han marchado porque hayan sido mal recibidos de los españoles? Tampoco: en todas partes han sido agasajados y acogidos con la mas cordial hospitalidad.

¿Pues qué ha podido motivar su desercion á pesar de las exhortaciones de sus gefes, y de los obispos de Narbona y Nantes?

¡Ah! los que venian á pelear con medio millon de infieles, no han querido soportar el clima de España.

No teniendo que culpar á la nacion, culparon á su hermoso cielo.

España ha quedado abandonada á sus propias fuerzas; pero ella aunque sola sabrá vencer.

Pedro II de Aragón conduce treinta mil infantes y diez mil caballos: allí marcha la flor de Aragón y Cataluña en pos de los pendones de *Folch* y *Urgel*, de *Aybar*, *Romeu* y *Ferrench de Luna*, de *Ferrench de Luna*, cuyos donceles habian de ser los primeros en tremolar sobre los muros de Ubeda el estandarte de la fé y las sangrientas barras.

El nuevo rey de Portugal embarazado en los asuntos de su reino, siente el no poder acudir en persona, pero embia la nobleza de su reino, formando un escuadron pequeño pero lucido.

Castilla no cuenta sus soldados, pero pone en campaña cuantos pueden empuñar lanza, y abrazar adarga.

Solo el de Leon recuerda antiguas querellas, y pide castillos si ha de dar soldados, mientras que Sancho de Navarra, que poco tiempo antes al regresar de Africa apenas habia encontrado terreno de su reino donde fijar su planta, arma sus valerosos montañeses, y se presenta resignado al frente de un ejército numeroso y aguerrido.

Mahomad, cual ave agorera, espera su presa desde lo alto de las rocas de Sierra Morena. Ve huir los extranjeros y avanzar los españoles: tambien él avanza seguro de la victoria. Ya no prepara los medios de ataque; pues sus disposiciones se reducen á cortar la retirada, y en breve el ejército cristiano se vé rodeado por los hijos de Ismael, que le cercan entre los montes como con una red.

El consejo propone la retirada, pero el rey de Castilla manda avanzar, y poniéndose al frente del ejército con heroico denuedo: *esto, dice, es lo que toca á nos, y Dios hará su voluntad.*

El cielo ha premiado la confianza de D. Alfonso. Un pastor milagroso ha conducido el ejército al través de los precipicios, y guiados por él los cristianos han ganado la cima de las montañas.

¿Dónde está el pastor milagroso? ¿adónde ha ido el salvador del ejército cristiano? ¿Es un ángel, ó es S. Isidro labrador?

Mahomad sale de su magnífico pabellon de seda car-

(1) Sin embargo de haberse tratado esta materia en el número 52 del Semanario, correspondiente al año de 1839, creemos que no desagradará á nuestros lectores algunas de las noticias que en este artículo se estampan, por ser menos conocidas.

(2) El verde llamado así por el color de su turbante.

mesí, y al ver en el campo inmediato ondear desconocidos pendones, brama de cólera por tener tan próximos aquellos enemigos que pensaba destruir en la bondonada. Pero si bien ha perdido la ventaja del sitio, aun le resta la superioridad del número.

Ordena sus haces y sale á desafiar á los cristianos, estos permanecen quietos en sus tiendas, sin hacer caso de los corredores enemigos que llegan á insultarlos hasta sus mismas barreras. Los escuadrones del miramamolín han esperado hasta ponerse el sol; pero los cristianos han esquivado la pelea.

Alíatar, dice Mahomad á uno de sus oficiales, *monita al punto á caballo, y vé á decir á los alcaides de Baeza y Jaén, que los cristianos están perdidos: que sus reyes serán bien pronto mis esclavos, y que ni uno de sus soldados escapará de la red que les he tendido. Diles todo lo que has visto, y haz que estas nuevas resuenen á la otra parte del mar.*

Alfonso por el contrario recorre su campamento, y ordena que el ejército descanse también al día siguiente: *Mañana*, dice, *es domingo y debemos invocar el nombre del Señor. El lunes 16 de julio medireis vuestras lanzas con las de los agarenos, y conseguireis la victoria que Dios vos tiene deparada.*

Vuelve Mahomad á sacar sus tropas; y al ver á los cristianos quietos dentro de sus vallados, quisiera atacarlos dentro de ellos. *La desesperación es temible*, le dicen los ancianos, *dejad á esos canes que se rindan ó se mueran de hambre, pues el gran Alá los ha entregado en vuestras manos.*

Algunos árabes se acercan galopando hácia los cristianos, y arrojan sus manoplas dentro del campamento. En aquella época los paladines cuando no lograban un campo de batalla, buscaban un palenque para el torneo.

Alfonso se vió en la precisión de permitir á sus caballeros que saliesen á lidiar con sus reladores. Ambos ejércitos eran espectadores de aquellas escaramuzas y combates parciales: al día siguiente los espectadores habían de ser actores en otro drama aun mas sangriento.

La noche tiende su tupido velo sobre ambos ejércitos.

Mahomad embriagado de placer y gloria se felicita á sí mismo por su futura prosperidad. Recostado en muelles almohadones recapacita las sentenciosas palabras que ha de proferir, cuando se le presenten los cristianos pidiendo capitulación, y ofreciendo rendirle parias y tributos. ¿Qué destino dará á los tres reyes, que al día siguiente estarán en su poder muertos ó prisioneros? Ni aun remotamente le ocurre la idea de que sus escuadrones puedan ser destruidos.

De la misma manera toda la morisma saborea de antemano la victoria que cree segura, y calcula los despojos que le cabrán en suerte.

Por el contrario en el campamento cristiano todo es silencio, todo precaución: en vez del sonido de los pifanos y lilies del campo vecino, apenas se oye mas ruido que el del escudero que limpia y acicala su armadura, ó la ruda cántiga de los *almogabares* que dirigen su plegaria á la patrona de Aragón.

Los señores conferencian dentro de sus tiendas, y los pecheros se reúnen en grupos á la claridad de la luna. Entre tanto los reyes, acompañados de sus mejores caballeros, recorren el campamento dando disposiciones, y exhortando á los soldados. Estos escuchan sus palabras con avidez, y las repiten con entusiasmo: en todos los reales se repite sin cesar: *mil veces muertos antes que vencidos.*

A las dos de la madrugada el ejército cristiano dispierta al ruido de los parches y clarines: ármense todos presurosos, y corren á ocupar sus puestos.

Segun la táctica de aquel tiempo, el ejército estaba dividido en tres cuerpos: á la derecha los navarros, los aragoneses á la izquierda, y en el centro los castellanos. A vanguardia los caballeros de las órdenes militares, y parte de la gente de las villas de Castilla, al mando de D. Diego Lopez de Haro, el resto con los 500 extranjeros que habían quedado y los portugueses estaban colocados entre el centro y los flancos.

El sol los halló ya en orden de batalla, y sus primeros destellos se reflejaron sobre un lago de picas y coseletes. Entre tanto varios prestes, colocados en parages eminentes, celebraban el santo sacrificio, y los soldados cristianos lo oían con toda reverencia, quizá por la última vez.

Un sacrificio incurso sobre aquel mismo suelo que dentro de poco tiempo había de ser regado con la sangre de 200,000 infieles!

Mahomad no se hace esperar; despliega á vista de los cristianos su ejército de 300,000 infantes y 185,000 caballos, divididos en cuatro líneas, y pone delante 85,000 caballeros sarracenos descendientes de los antiguos numidas y montados como ellos en fogosos corceles. Ha mandado construir para su seguridad un corral ó vallado cercado de cadenas de hierro, tras de las cuales se hallan formados 50,000 negros, cuyos ateizados rostros contrastan con el brillo de sus lucientes petos. A retaguardia 30,000 caballos escogidos sirven de custodia y forman la reserva. No bien se han arreglado las haces el miramamolín sube sobre un *cadalso* ó tablado que se había construido en el centro del vallado, y se presenta vestido con la túnica negra de *Abdel Mumen*, padre de los *Almohades*: esta túnica de su predecesor es una prenda mas de la victoria.

Varios santones venerables rodean á Mahomad, y le ofrecen la protección del gran profeta. A su derecha uno de ellos tiene abierto el Corán: á la izquierda otro de los confidentes de Mahomad empuña su alfanje desembainado. Señor, le dicen los santones, *teneis en vuestro favor la fuerza y la doctrina.*

No bien se ha dado la señal de acometer cuando los musulmanes se arrojan contra los cristianos con la celeridad que el halcón se lanza sobre su presa. Pero el Señor de Vizcaya, y D. García Romeu les salen al encuentro con sus respectivas tropas, y les aborran la mitad del camino.

¿Quién será capaz de pintar aquel primer encuentro, el choque de cien mil espadas, los alaridos de los combatientes, y la nube de flechas á cuya sombra pudieran pelear, segun la valerosa espresion del caudillo de los quinientos espartanos?

¿Quién podrá referir las acciones valerosas, y los gloriosos hechos de armas de aquel día por siempre memorable, en que se decidía la posesion de España, y en que unos trataban de sostener su conquista, y otros de recobrar la tierra de sus padres?

Pero en vano intentan los musulmanes contrarrestar el pujante esfuerzo de los cristianos; las primeras líneas están desordenadas, y desbaratan en su fuga á las que vienen en su apoyo. Los pendones de España abanzan por todas partes, y la consternacion se apodera de los hijos del profeta.

Mahomad patea de cólera, y golpea su frente con furor: en su frenesí la blasfemia horrible se escapa de sus labios: empuña su alfanje, y bajando del tablado cabalga sobre un caballo de hermosos colores, hace sonar gran número de trompetas y atabales, y arrojándose en medio de los fugi-

tivos, los exhorta á que sean buenos, y no le dejen en poder de los cristianos.

Entonces los musulmanes contienen sus fugitivos corceles, y avergonzados de su cobardía apelan de nuevo á su valor, y dan tornada sobre los cristianos.

Mirando estaba el buen rey D. Alfonso desde lo alto de una colina cuál avanzaban sus tropas, llevando en retirada aquella confusa morisma, cuando de repente vió tornar á la pelea los fugitivos, y que sus gentes principiaban á cejar; no pudo sufrir el pecho valeroso del monarca la idea de una derrota que iba á dejar perdida á toda España, y trató de meter espuela á su caballo, para entrar en lo mas bravo de la refriega. Entonces se pusieron por delante los prelados y fidalgos que le acompañaban, y le representaron la temeridad de aquella accion, exhortándole á que conservase aquella vida tan preciosa, cuya pérdida sería tan sensible como una derrota.

Poco despues viendo que los moros volvian á batirse con furor, exclamó dirigiéndose al arzobispo D. Rodrigo que no se apartaba de su lado.

— *Arzobispo, yo y vos muramos aquí.*

— *Non, Señor, non morir, porque vencer habeides.*

— *Pues avancemos para acorrer á los primeros que se hallan en grande cuita:* — y viendo que no le dejaban, exclamó otra vez.

— *Muramos aquí, arzobispo, que esta es muerte honrada.*

— *Dar vos ha la victoria nuestro Dios* (dijo D. Rodrigo), *y si dispusiere otra cosa todos los que aquí estamos moriremos con vos:*

y diciendo esto se le puso por delante, suplicándole mirase por sí.

Volviendo la vista D. Alfonso hácia sus tropas, vió que los aragoneses y navarros llevaban lo mejor de la pelea, al paso que su primera linea habia sido desbaratada por haber cargado sobre ella toda la reserva del Miramamolín: varios soldados habian vuelto las espaldas, y arrastraban consigo sus gefes y banderas. Entonces el rey, encarándose con el arzobispo y enseñándole uno de los pendones que volvian hácia atras, le dijo, *¿No veis cual torna la seña de Don Diego?*

Estaba cerca del rey un vecino de Medina llamado Andres Boca, y reparando la equivocacion del rey, le dijo:

— *Señor, cierto non es aquella la seña de D. Diego de Haro: parad mientes á la delantera, y vereis ir vuestra seña, y á par de ella la de D. Diego, y otrosí la seña del conde D. Alvaro de Lara.*

— *¿Pues cuya es aquella seña del lobo prieto (1) que torna?*

— *Señor, porque el osso de Madrid es prieto en campo blanco, cuidades que es la seña de D. Diego, por los lobos prietos que tiene en campo blanco. Cierito los que fuyen nos los villanos somos, ca los fidalgos non (2).*

Entonces el rey, sin hablar palabra, arrancó una pica de manos de un escudero, y metiendo espuelas al caballo se dirigió hácia los fugitivos gritando: *¡O vasallos y amigos! ¿qué es esto? tornad á la batalla, que este es el buen dia de gran vitoria, que Dios vos quiere dar: y viendo que algunos seguian huyendo, con su lanza (dice la Crónica), fizolos tornar mal de su grado.*

(1) Negro.

(2) E por esta palabra que dijo (segun refiere el arcipreste Diego Rodriguez de Almeyda) lo apedrearon despues los villanos de Medina, y el rey D. Alfonso, quando lo supo, como fuese justiciero fizo por ello gran justicia, ca fecha pesquisa fizo matar por justicia á todos los que lo upedrearon.

En vano se esfuerza Mahomad, en vano increpa á sus caballeros y se mete por lo mas bravo de la pelea, en vano intenta luchar contra su fatal estrella: el terror se apodera de los orgullosos musulmanes. ¿De que sirve que él sostenga el centro, si los flancos están ya deshechos, y buscan su salvacion en la fuga? al paso que la consternacion se apodera de sus soldados, los cristianos, embravecidos con el ejemplo de su rey, y hasta de los prelados, redoblan sus golpes y se abren paso por medio de las lineas ya deshechas.

El peligro es cada vez mas inminente: ya oye cerca de sí los gritos de victoria y el formidable *Santiago y á ellos*. Los aragoneses van á lo lejos persiguiendo los fugitivos, mientras el rey de Navarra acosa á los atezados africanos, y se prepara á romper la barrera de cadenas. Sus mas fieles vasallos, la flor de su ejército han sucumbido y yacen exánimes en derredor suyo. Abatido con el peso de tan inesperada adversidad arroja de sí la tunica de *Abdel Mumen*, abandona su hermoso corcel traspasado de varias flechas, y fia su salvacion en la velocidad de un mulo.

El rey de Navarra, despues de haber arrollado todo el costado izquierdo del enemigo, vino á caer sobre el campamento, y se apoderó de la tienda de Mahomad, habiendo roto la cadena que le cercaba, y dejando muertos ó cautivos los 50,000 negros que la defendian. En memoria de tan gloriosa hazaña añadió unas cadenas por orla de su escudo (3).

Entre tanto el rey de Castilla hacia perder terreno á los moros del centro, los cuales se retiraban hácia su campamento, defendiéndose con obstinacion: pero quando lo vieron perdido y frustradas sus esperanzas de socorro, decayeron de ánimo, y principiaron á huir precipitadamente hácia la derecha.

Por desgracia suya el rey de Aragon se habia adelantado persiguiendo á los fugitivos del costado derecho, y al huir aquellos infelices de la cuchilla de los castellanos, vinieron á caer en las picas de los aragoneses, que hicieron una carnicería espantosa.

Era ya muy entrada la noche quando el rey de Aragon seguia aun á los fugitivos. Al verle entrar el rey de Castilla en la tienda del Miramamolín donde le esperaba, observó que traia un golpe de lanza que le habia hecho saltar la armazon de la loriga; y abrazándole exclamó en tono festivo: *Cormano, señor, sabor habia quien vos este golpe dió de non criar rey.*

Horrible fue la carnicería que sufrieron los moros en aquel dia aciago para ellos, pues murieron 200,000 infantes y 30,000 caballos, sin que los cristianos perdiesen mas que 25 hombres.

Asaz impacientes se hallaban los vecinos de Baeza esperando por momentos la noticia de la derrota de los cristianos. Dos emisarios del Miramamolín que habian llegado despues de Aliatar les habian avisado que por segunda vez habian rehusado la batalla, y que todas las señales pronosticaban una completa victoria. Un vigia avisó que descubria cinco caballeros que se dirigian á la ciudad, y al punto se reunió casi toda la poblacion á la puerta de ella.

— *Alós guarde, dijo el alcaide, ¿qué felices nuevas nos dáis de nuestro Miramamolín?*

— *¿Tanto desfigura la adversidad que le habeis desconocido en mi persona? entonces los musulmanes se postran*

(3) Estas cadenas se pusieron en el altar mayor de la catedral de Tudela (que entonces era colegiata), pero en el dia no están en él ignoramos lo que se habrá hecho de ellas.

ron en su presencia, y tocaron el suelo con sus frentes en señal de respeto.

— Nuestros pecados, continuó Mahomad, han escitado la indignacion del profeta: Alá no ha querido socorrer á sus hijos en el día de la adversidad, y ha puesto la victoria en manos de los infieles.

Cumplase la voluntad de Alá, exclamaron los vecinos de Baeza, y rasgaron sus vestiduras, y echaron polvo sobre sus cabezas en señal de dolor.

¿Y qué deberán hacer vuestros fieles vasallos (preguntó el alcaide) en tan dudoso trance?

Amigos, dijo el Miramamolín, no estoy para dar consejo ni á vosotros ni á mí: Dios os favorezca; y montando en un caballo que le habian traído, corrió á rienda suelta hácia Jaén, donde llegó aquella misma noche, para ser portador de tan infausta nueva. El que por la mañana habia tenido 50,000 infantes y 30,000 caballeros para su custodia, llegó por la noche á Jaén sin tener un escudero que le ayudase á descabalar.

Al día siguiente se hizo el reparto del despojo que se habia cogido en aquella jornada. Habia dentro del campamento de Mahomad una inmensa cantidad de oro, plata, aljofar, piedras preciosas, estofas de oro y seda, caballos y armas de gran valor.

El rey D. Alfonso se negó á repartir la presa por sí mismo, y comisionó para ello á D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, que se habia cubierto de gloria mandando la vanguardia. Conociendo D. Diego el genio liberal y generoso de D. Alfonso, hizo la particion en estos términos.

Señor, todo lo que vos y nos los fijosdalgo habremos de esta batalla, conviene saber lo que está en el corral que Miramamolín habia cercado de cadenas, sea todo de los reyes de Aragon y Navarra, y á vos, Señor, doy la honra de la batalla que á vos es debida, y todo el haber y despojo de fuera del corral todos los que lo ovieron, lo ayan cada uno como lo alcanzó.

Don Alfonso y los demas reyes se dieron por satisfechos con este reparto, y D. Diego alcanzó fama de discreto y buen servidor de su rey.

Dieron ademas al de Aragon la tienda de seda del Miramamolín, que era toda de seda carmesí y de un valor escesivo, tanto por sus adornos, como por su grandeza y hermosura, juntamente con el pendon imperial y la lanza de Mahomad. Luego que el rey D. Pedro recibió estos despojos, llamó á uno de sus caballeros y le dijo: *"Tomad este pendon y llevadlo á Roma á nuestro santo Padre Inocencio III: decidle de nuestra parte que se coloque en la Basílica de S. Pedro, para que se cumplan en parte las amenazas de aquel perro infiel."*

V. DE LA F.



EL CHICO ESTEVAN.

TERCERA PARTE.

Mirando á los que le miran con rostro altivo, sereno, delante de un crucifijo está en la capilla el reo.

No es la impudencia del crimen ni un desesperado esfuerzo lo que su calma revela, lo que conforta su pecho. Que en su pecho no se abriga aquel torcedor funesto que al corazon martiriza con tristes remordimientos. Ni la conciencia le acusa, que no es la conciencia un pueblo, ansioso de ver al Chico purgar delitos ajenos.

Ni pruebas hay del delito, porque pruebas nunca fueron hallar á un hombre sentado, y hallar á su lado un cuerpo. Pero entre el crimen y Estevan hay sin duda algun secreto, que del juez la torpe ciencia no es bastante á descorrerlo. Y echando por el atajo en tan injusto proceso, sin ver que pues no hay herida, hay en la muerte misterio, y descubrirlo no pueden ni el vivo hallado ni el muerto, dice, que el vivo perezca en sacrificio cruel, porque la vindicta pública es el interés primero.

Y aunque muera un inocente, y Aznar no viva por eso, poco importa, que la vida de Estevan es lo de menos.

Y aquel juez no es asesino, y dándole riquezas, premios; que al cabo una ley le escuda, que otros jueces escribieron.

Así; pues la ley lo manda, sacan del lúgubre encierro á un hombre entre muchos hombres, de su agonía sedientos.

Delante van los muchachos, de los soldados huyendo, y gritan: *ya viene el Chico.* Y contesta el pregonero: *«Manda el rey que el Chico Estevan, por sus delitos horrendos, ahorcado sea: una salve rezan las viejas al verlo.»*

El Chico vá sobre un burro, que camina á paso lento, y le sostiene el verdugo, matador de fijo precio; hombres armados le guardan, y un pálido misionero á que crea en Dios le exhorta, y Estevan dice: *en el creó.*

Llegan por fin á la plaza; suben al lugar funesto; el fraile, mas alto reza;

la víctima inclina el cuello,
y se desliza el verdugo
desde sus hombros al suelo.
La muchedumbre asombrada
vé su placer satisfecho,
y la justicia respeta,
y se retira en silencio.

En Lara del Chico Estevan
solo un día se ocuparon,
nadie le nombró al segundo,
y al otro quedó olvidado.

Corrieron días y días,
pasaron ocho y diez años;
el juez murió y el verdugo,
y también el escribano.

Hallábase un religioso
de rostro amarillo y flaco
de hinojos ante la virgen
y á la claridad opaca
que esparecía en el santuario
de lámpara moribunda
un solo y trémulo rayo,
notábase en sus facciones
y en sus ojos apagados
la calma de la inocencia
y el tranquilo desengaño.

En su oración embebido,
solo con Dios estasiado,
contaba pausadamente
las cuentas de su rosario,
á tiempo que á sus oídos
llegó de agitados pasos
sordo ruido que las bóvedas
del templo le revelaron.

Suspendió sus devociones
un momento el ruido extraño,
mas juzgando tentación
de algún espíritu malo
los sollozos y suspiros
que oír creía á su lado,
á una *salve* dió principio
con fervor ardiente y santo,
negando su pensamiento
á pensamientos mundanos.

Segunda vez un lamento
á su pesar le distrajo,
y al reparar en el sitio
do parecía lanzado,
observó á un hombre cubierto
con miserables harapos,
cuyo repugnante aspecto
causaba lástima y asco.

Levantóse el religioso,
metió en su manga la mano,
y sacando una moneda,
y un *padre nuestro* rezando,
se la ofreció al pordiosero,
el cual con los ojos bajos,
con voz humilde y cortada
por mil suspiros amargos,
confesion, padre, le dijo:
absolvedme mis pecados.

Prestóse el padre á escucharle,
al conocer su quebranto,
y el pobre cayó de hinojos
al pié del confesonario:
entre los dos pudo apenas
oirse el siguiente diálogo.

--Dios tenga piedad de mí,
que mis delitos son hartos.
--Hijo, el arrepentimiento
es para Dios un regalo.

--Vais á saber si merezco
perdon....

--Decid.

--Yo me llamo....

Pedro Aznar....

--¡Qué!!

--Pedro Aznar.

--¡Dios clemente y soberano!

--¿De dónde nace ese asombro?

¿Conoceis-me, padre acaso?

--No, no os conozco; seguid.

--En mi teneis un malvado,

un infame, un asesino.

--¡Cómo!

--¿No es asesinato

permitir que un inocente
haya subido al cadalso?

--Conozco esa triste historia:

dicen que muerto os hallaron

junto al Arlanza....

--¡Impostura!

Cái en un mortal letargo;

cuando pude hablar, el oro

selló mis infames labios.

--¿Quién os indujo al silencio?

--Padre, aquel mismo escribano,

á quien el juez dió la causa

del Chico Estevan....

--¡Dios sabíol

¡Dios justo! ¿Sabeis por qué?

--No: solo sé que acosado

por fieros remordimientos,

no encuentro paz ni descanso;

que mi corazón un hierro

está sin cesar punzando;

que el infierno y sus martirios

no me hicieran penar tanto;

que esta vida es un tormento,

y que á mi muerte no aguardo

mas que el castigo terrible

de ese Dios que imploro en vano.

--¡En vano!... Calla, blasfemo.

--Padre, soy un insensato;

perdon, perdon para el alma;

yo regaré con mi llanto

las solitarias paredes,

el frío suelo de un claustro.

Haced que Dios me perdone;

no me dejéis sin amparo

en el dolor que desgarró

mi corazón ulcerado....

--En nombre de Dios te absuelvo,

si es sincero el triste cuadro

que esas lágrimas presentan

ante mis ojos ancianos.

Haz, pecador, penitencia;

y acuérdate que mas grato

es para Dios tu dolor,

y tu entrada en su rebaño,

que la humildad de sus siervos,

y la virtud de sus santos.

Levantóse el penitente

contrito, pero aliviado

de las dudas insufribles

que hasta allí le atormentaron,

y el religioso que á Estevan

vió perecer en un palo,

dos lágrimas enjugó

al retirarse despacio.

Aquella antigua erriada
que este cuento me contó,
cuando me estasiaba yo
con una historia contada,

Decía que siempre en vano
persegua en sus rincones
la justicia á los ladrones,
mientras vivió el escribano.

Muertes y robos se hacian
orillas del río Arlanza,
sin duda con la esperanza
de que impunes quedarían.

El escribano murió,
según lo refiere el cuento,
y es fama que en el momento
la cuadrilla se acabó.

Y todos en el camino
que vá de Burgos á Lara
decían: la cosa es clara,
pues que murió el asesino.

Desde entonces en Castilla
cuando ajustician á uno,
pregunta algún impotente:
¿hay escribano en cuadrilla?

J. M.

ARTÍCULO CRÍTICO.

SOBRE EL TEATRO DE DON RAMON DE LA CRUZ.

(Conclusion. Véase el número anterior.)



ERO donde Cruz no toma de nadie sino á los originales vivos de su época, y donde es inimitable seguramente, es en todos los diálogos que pone en boca de la gente del bronce de Madrid. Las castañeras, los taberneros, los héroes del Rastro, Lavapiés y Maravillas, con su desenvoltura ingénita, su propensión á reñir por nada, su prosopopeya ridícula, sequedad de razones y hablar enfático, tuvieron en Cruz un intérprete diestrisimo. Véase este trozo de la *Moja Maja*. — (Colasa y Blas su marido, que es un bienaventurado, entran en casa de Sebastiana donde estan de broma varios vecinos de distintas condiciones.)

Bastiana.

¿Quién es á estas horas?

Colasa.

Yo.

Bastiana.

¿Qué buena venida es esta?

Colasa. ¡tú por acá á esta hora en Noche buena!

Colasa.

No vengo á cenar; no tienes que asustarte.

Bastiana.

Aunque vinieras, creo que no faltaría.

Colasa.

Ya lo huelo: en casa llena

presto se guisa el potage.

Bastiana.

Siéntate.

Colasa.

Vengo de priesa.

Bastiana.

¿Y qué tienes que mandar?

Colasa.

¿Reñiremos?

Bastiana.

Como quieras.

Colasa.

Mas vale que no,

Bastiana.

Mas vale.

Colasa.

Pues si quieres que fenezca, como dicen, la visita en paz y concordia, suelta al punto el pavo cebado y las cajas de jalea que has estafado á Patricio.

Bastiana.

Colasa. ¿qué desatenta y provocativa eres!

Doña Petra.

¿Se dará tal desvergüenza?

Colasa.

A usted no la dan golilla, señora Doña Escofeta, para este entierro.

Blas.

Bien dicho.

Bastiana.

Colasa. ¿vienes de veras por esos chismes?

Colasa.

Andando.

Bastiana.

Pues tiene mucha manteca el pavo en la rabadilla, para que yo te le ceda.

Colasa.

Vengan el pavo y las cajas.

Bastiana.

¿Las cajas? Vuelve por ellas en comiéndome yo el duz, te daré las tapaderas.

Colasa.

Mira que ya se me van poniendo azules las venas.

Bastiana.

Señal de sofocacion. Di que te echen sanguijuelas mientras yo me como el pavo, que, á Dios gracias, estoy buena.

Colasa.

¿Te burlas de mí?

Doña Petra.

Hace bien;

y es una gran insolencia el venir á provocarla.

Don Mauricio.

Usted en eso no se meta,
Doña Petronila.

Colasa.

¡Arroz!

Mi señora Doña Petra,
hermana de la Bastiana,
pasanta de muñelera
en las Vistillas, recoja
usted ese don que le cuelga,
por que está mal hilvanado.

Bastiana.

Para esto ya no hay paciencia.

Colasa.

¿Y qué harás tú?

Bastiana.

¡Qué haré! Toma.

Colasa.

Vuelvo, y á ver por quien queda.

(Zurra.)

El espectáculo de dos mujeres abofeteándose ya no se toleraría hoy. Mejor sufrimos las riñas y muertes de *el Buñuelo*, *Manolo* y *el Marido sofocado*, porque como allí parodia el autor las tragedias de su época, no se toman á pechos esos lances en una *tragedia para reir*. Con todo el lenguaje de aquellas composiciones peca tal vez de libre. Bien está que diga Manolo:

Yo debía morir en alto puesto
sigun la heroicidad de mis empresas,

Pero convendria haber omitido aquellos dos versos célebres:

Mi honor valia mas de cien ducados.
Ya te contentarás con dos pesetas.

Por los pasages que hemos escogido, se observará que las gracias de estos personajes humildes nacen solo de su carácter peculiar y de la posicion en que el autor los presenta; y así aunque entre las muchas réplicas vivas y agudas sembradas en un sainete se hallen pocos conceptos epigramáticos que luzcan sacados de allí, todo divierte allí porque todo está en su lugar, porque todo es natural y oportuno. Cruz es cómico sin pretension de serlo; y por eso aunque las costumbres han variado mucho desde entonces acá, sus obras deleitan leídas, deleitan bien representadas, y serán siempre un monumento histórico digno de estudio. Que no hubiese acertado á estender una fábula de mayor ensanche, y que al imitar el habla de sus modelos hubiese adoptado en ocasiones los solecismos como si fueran modismos, no son defectos que le priven del título de poeta, título que no se ha disputado á Villegas en consideracion á sus letrillas, á pesar de que no supo componer una oda ni una epístola buena. La moral, dígame lo que se quiera, no sufrió ningun ultraje en sus dramas, á lo menos en aquellos que él publicó, porque jamás pintó Cruz en ellos el vicio como plausible, ni aun como indiferente; y supuesto que la sociedad contemporánea no se escandalizó de la pintura, probado está que no fue aquella ni exagerada ni peligrosa. Para los que le arguyeran con que hay vicios que ni aun debe el poeta retratarlos para escarnecerlos, dejó de antemano en estos versos la disculpa.

Murmurador sois, D. Diego,
y es malo. — Pero es peor
dar motivo para ello.

Por último, nadie le podrá quitar la gloria de haber sido el primer restaurador de nuestro teatro, y de haber convertido en espectáculo digno de un pueblo culto una especie de drama destinado á hacer reir á simples, y en la cual con pocas excepciones, solo se hallaban pullas de taberna, lenguaje tosco, versificación coja, ruindades y palizas. Cruz desenvileció el sainete, y si después no se ha ennoblecido mas (porque solo lo ha manejado con buen éxito Don Juan del Castillo,) quizá como en el día se dedicasen á cultivar este género algunos de los brillantes ingenios que tiene España, sujetándolo á las modificaciones que el transcurso del tiempo ha hecho precisas, quizá digo sus producciones agradarian mas que esas otras piecitas en un acto venidas de allende, ligeras y jocosas, es cierto, pero cuyo chiste local y efimero solo dura un día, porque su tono, lenguaje y tendencia no pueden menos de desdecir de la índole de nuestro idioma, de nuestro gusto y costumbres particulares.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

LA TUMBA Y LA ROSA.

(Traducción de Víctor Hugo).

La tumba dice á la rosa
¿Qué haces, flor de los amores,
De las que el alba llorosa
Lágrimas de amor te dá?
¿Y qué haces tú, lecho umbrío,
La flor á su vez pregunta,
De lo que en tu centro frío
A dormir por siempre vá?

De estas lágrimas doradas,
Dice la flor, tumba triste,
En esencias delicadas
Su miel convirtiendo voy.
Diva flor que el alba riega,
Dice la tumba, yo en tanto
De cada alma que me llega
Un ángel al cielo doy.

R. DE SATORRES.

